

FRANCIA EN DECLIVE

Nicolas Baverez

Gota a Gota, Madrid

118 pp.

19 €

---

## **Declive y caída de la Francia imperial**

Raimundo Ortega

1 febrero, 2006

Dos años después de su publicación en Francia nos llega la versión española, con un prólogo dedicado al lector al sur de los Pirineos, de este panfleto –entendido en el noble sentido de escrito político de carácter incisivo y polémico– dedicado a resumir las causas de la actual decadencia francesa y a ofrecer remedios para su recuperación. Desconozco la fecha en que fue escrito el citado prólogo, pero, puesto que el libro apareció en las librerías españolas en noviembre de 2005, resulta

obligado pensar que el autor no tuvo tiempo de incorporar a sus páginas reflexión alguna sobre las revueltas que sacudieron las ciudades del país vecino desde finales de octubre a mediados de noviembre del pasado año. Y es de lamentar, porque dichos acontecimientos confirmaron algunas de las tesis más pesimistas del autor y, quizá, pusieron también de manifiesto ciertos aspectos en los cuales Baverez no hizo demasiado hincapié. Pero sobre ambas cuestiones se hablará al final de esta reseña.

Como corresponde a un panfleto, el libro es breve: 118 páginas repartidas en un prólogo para la edición española, una introducción, cinco capítulos y un epílogo. Dejemos a un lado, de momento, el «Prólogo para españoles», del que me ocuparé después, para resumir las líneas maestras del resto de libro. La introducción ofrece un recorrido histórico, descrito a grandes brochazos, de los perfiles institucionales, económicos y sociales de Francia desde la Revolución –con mayúscula– hasta nuestros días. Un recorrido cuyo hilo conductor es que la nación gala es un país embebido «de un profundo conservadurismo, que se manifiesta en una dificultad extrema para adaptarse a las grandes transformaciones que afectan al sistema geopolítico y económico mundial» (p. 25). En el tramo final de ese recorrido, el autor sitúa en el año 1983 el último intento riguroso –entendido como «un nuevo compromiso económico y social»– para enfrentarse a los desafíos económicos iniciados por las crisis petrolíferas de la década de 1970. Pero ese intento fracasó pronto porque Francia, en lugar de modernizar sus instituciones y adaptar sus políticas y sus estructuras económicas y sociales a los cambios surgidos en la década de 1990, se reafirmó en un inmovilismo no sólo político y socioeconómico, sino también intelectual y moral que la ha sumido en un alarmante declive cuya más espectacular manifestación es que, incluso más que Alemania, «Francia es hoy el eslabón más débil de Europa». Los cinco capítulos que a continuación se ofrecen al lector sirven a Baverez para exponer su diagnóstico respecto a las causas del declive y bosquejar –al menos eso asegura– «la posibilidad de una estrategia de modernización alternativa basada en un terapia de choque» (p. 33).

En los cuatro primeros capítulos, el autor realiza un despiadado diagnóstico de los males franceses resumido en unas líneas del primero de ellos: «Este comportamiento esquizofrénico no sólo amenaza el desarrollo, sino también la estabilidad democrática del país [...]. Explica la degradación de los resultados económicos, marcados por un fuerte descenso del crecimiento potencial [...], la caída de la inversión productiva [...], la persistencia de un paro que parece insensible a las fluctuaciones coyunturales [...]. *Desestabiliza fragmentos enteros de la población y del territorio francés, que caen en la anomia y la delincuencia o en la miseria [...] con, como primera consecuencia, la exclusión de una juventud cuyo índice de paro se eleva al 26%, y al 17% el de la pobreza. Una nación que planifica el sacrificio de su juventud niega su propio porvenir*» (p. 51; la cursiva es nuestra).

La crítica de Baverez se apoya en la denuncia frontal de los que habitualmente han sido considerados los tres pilares de la pervivencia de Francia como una gran nación: una diplomacia sierva de los espejismos de una potencia desconectada de sus verdaderos medios de influencia y de acción, apoyada en una maquinaria militar obsoleta, «encerrada en la doctrina fosilizada de la disuasión» y volcada en un antiamericanismo estéril; un marco político e institucional cuyos rasgos esenciales lo definen como presidencialista o cohabitacionista en función del albur de las mayorías parlamentarias; y un modelo económico en el cual el Estado, incapaz de elaborar y poner en marcha un proyecto coherente de modernización, se afana en mantener un sector público y unas empresas cuyos déficit

adquieren año tras año unas dimensiones sofocantes al tiempo que el sector privado contempla cómo sus cuentas de resultados se resienten, su competitividad cae, la tasa de empleo se reduce, el paro de larga duración aumenta –especialmente entre la población inmigrante– y, en consecuencia, la pobreza se instala en sectores cada vez más amplios de la población (según el autor, el 25% de los magrebíes viven por debajo del umbral de pobreza). Su conclusión es tajante: «Por tanto, no es de extrañar que Francia se haya convertido en una base de reclutamiento privilegiado para el fundamentalismo islámico y las organizaciones terroristas que operan en Europa» (p. 80).

La argumentación del libro está plagada de cifras que sólo el lector español más desconfiado respecto a la *grandeur* gala podía sospechar. Además de las ya citadas, Baverez ofrece, entre otras, las siguientes: los regímenes especiales de jubilación del sector público, con un 2% del total de los contribuyentes, generaron en 2003 un déficit de 33.000 millones de euros y la deuda neta de todo el sistema público de pensiones alcanza el 220% del PIB; el salario medio neto de la función pública se elevaba en el año 2000 a 22.188 euros, un 34% más que en del sector privado; debido a la presión sindical en la enseñanza secundaria, Francia sigue siendo el único país desarrollado en el cual el coste anual de un alumno de instituto supera al de un estudiante universitario (7.880 euros frente a 6.590 euros), al tiempo que sólo cuenta con 6,2 investigadores por cada mil personas activas, en comparación con 8,08 en Estados Unidos y 9,26 en Japón; las horas trabajadas no sólo son inferiores a las registradas en Estados Unidos, Japón y Reino Unido, sino, incluso, a las de Alemania. Estos datos, y algunos más que no se mencionan para no abrumar al lector de esta reseña, impresionan, pero hubiera sido deseable que el autor indicase las respectivas fuentes o aclarase en algún caso la metodología utilizada para obtenerlas, pues lo que es disculpable en un panfleto –reitero que en el mejor sentido del término– se convierte en olvido criticable cuando estamos ante un libro.

Hecha esta observación, volvamos al hilo conductor y, en este caso, a las conclusiones que Baverez reserva al capítulo 5 y al epílogo para después volver al principio, esto es, al «Prólogo a la edición española», posterior en más de dos años a la edición francesa del libro. El editorialista del semanario *Le Point* y del periódico *Le Monde* considera que Francia está inmersa en una grave situación que exige una «política de reforma radical, que se aplicaría por etapas sucesivas y ordenadas: recuperación nacional, relanzamiento europeo, redespiegue diplomático y estratégico» (p. 99). La primera reforma pasa por la modernización del Estado, modificando sus instituciones, así como la ley electoral, al tiempo que se racionalizan sus estructuras administrativas como resultado de una reflexión seria respecto a sus auténticas misiones; el relanzamiento europeo, un objetivo imprescindible para sacudirse la parálisis motivada por la ausencia de una política económica europea debida a los desajustes entre una política monetaria única confiada al Banco Central Europeo y una débil coordinación de las políticas presupuestarias y fiscales, que siguen siendo competencia de los Estados miembro; y, por último, el renacimiento francés y europeo en el actual sistema geopolítico, uno de cuyos rasgos distintivos es que «la salvación de la libertad en el siglo XXI seguirá dependiendo, en última instancia, de la cohesión de un directorio de las grandes democracias, y no de una improbable comunidad internacional donde las naciones libres siguen siendo una pequeña minoría» (p. 112), de forma y manera que se edifique una defensa europea integrada capaz de acompañar «al espacio económico y político unificado que está elaborándose en torno al gran mercado, el euro, los acuerdos de libre circulación de Schengen, la futura Constitución europea nacida de los trabajos de la Convención. Y esa defensa europea descansa, de un modo u otro, en un

eje entre París, Londres y Berlín» (p. 112). Éste es, en resumen, el programa de reforma que Baverez propone a una «Francia [que] se ha embriagado con el mito de la revolución, cultivando el rechazo de la reforma» (p. 118) y olvidando que «lo irreformable no es tanto Francia, sino que deben reformarse los errores gubernamentales y la clase política» (p. 116).

Dos años después, en su «Prólogo para españoles», parece percibirse –y subrayarlo es de justicia– una más aguda urgencia, un temor a que su país se encuentre en una situación prerrevolucionaria en la que todo es posible, incluso la violencia política. Habida cuenta del marasmo europeo y de sus temores a que las elecciones presidenciales francesas –que tendrán lugar en la primavera de 2007– desemboquen en lo que califica de «una nueva modernización abortada», la única salida reside, en su opinión, en convencer a sus compatriotas para que debatan sus dificultades en lugar de ocultarlas, reconociendo que sus problemas no residen ni en Europa ni en la globalización y asumiendo la necesidad de llevar a cabo una transformación radical del modelo económico y social francés que aproveche los cuatro motores esenciales del crecimiento y el empleo: el trabajo –reformando una legislación que equivale a la eutanasia del empleo–, la producción –reactivando la inversión privada y pública–, la innovación –reformando la enseñanza superior y fomentando la investigación– y, por último, la recuperación de los talentos y los cerebros, deteniendo su éxodo. Estrategia de modernización, terapia de choque: esos son los lemas de este brillante panfletista.

Pero ¿qué posibilidades tiene ese plan de convencer a sus compatriotas y en qué medida los recientes disturbios confirman el análisis o, por el contrario, introducen factores ignorados o no tenidos suficientemente en cuenta? Se me antoja que convencer a la sociedad francesa para que abandone el cómodo colchón en que hoy descansa es tarea harto difícil. Según revelaba una encuesta publicada a los pocos días de celebrarse el referéndum sobre el proyecto de Constitución europea <sup>1</sup>, el 46% de quienes habían votado «no» creían que el tratado iba a empeorar el paro en Francia, el 34% lo calificaba como demasiado liberal y el 19% consideraba que Europa amenazaba la identidad francesa. Estos datos revelan que la pedagogía de Baverez va a encontrarse con serias dificultades para convencer a sus compatriotas. Quizás acepten la disminución de las cargas fiscales que gravan a empresas y particulares y que el autor considera un lastre, pero seguramente calificarán de sospechosamente liberal su empeño en que el omnipresente Estado asegure a «los operadores e inversores una verdadera seguridad jurídica» –¡adiós al mito de los «campeones industriales»!– y, desde luego, es de temer que tachen de rendición incondicional al vilipendiado «modelo anglosajón» las propuestas de reformular las condiciones de representatividad de los sindicatos, el apoyo a la negociación salarial empresa por empresa en lugar de por sectores, así como la simplificación drástica del rígido derecho laboral (causa, en su opinión, del paro masivo y barrera disuasoria a las entradas de capital extranjero).

Pero si me parece difícil que las propuestas de reforma interna conciten el apoyo de sus compatriotas, la visión de los problemas europeos y las soluciones que Baverez aporta me parecen sencillamente equivocadas. Para empezar, no parece tener un olfato muy fino cuando en su libro confía una y otra vez en una «redefinición» de la estrategia alemana para salir de la crisis, ya que los resultados de las elecciones de septiembre de 2005 y el programa de la «gran coalición» dan mucho que pensar a ese respecto. Además, no conviene echar en saco roto que, según la encuesta antes mencionada, casi el 20% de los franceses que votaron en contra de la propuesta de Constitución

Europea la rechazan porque temen que una mayor integración difumine la identidad francesa. Quizá por todo ello, y para responder a ese rechazo de sus compatriotas, el autor nos presenta una visión empapada de ese espíritu dirigista que incluso un liberal a la francesa no puede jamás reprimir.

No deja de ser curioso que en el libro no se encuentra ni una sola referencia a la «Agenda de Lisboa» ni al «Informe Sapir», dos documentos inspirados en el doble objetivo de hacer de la europea una economía capaz de mantener un crecimiento sostenido y una mayor cohesión social sin violentar el reparto de competencias entre sus instituciones básicas. Nuestro autor, muy al contrario, y conforme a una tradición económica muy francesa, muestra sus preferencias por un Banco Central Europeo que amplíe «sus objetivos más allá de la mera estabilidad de precios, ocupándose también así del crecimiento y el empleo» (p. 105) y propone la creación de un gobierno económico europeo que no sólo fije los objetivos de inflación al Banco Central Europeo sino, también, que defina la política presupuestaria de la zona euro y controle su puesta en práctica. Y por si eso fuera poco, y con objeto de regular el capitalismo europeo, se «refundaría» el control de la competencia y las concentraciones, se transferiría al Banco Central Europeo la supervisión de los bancos e instituciones financieras, se crearía una autoridad europea de los mercados financieros y se definirían normas europeas de gobierno corporativo, tanto en el plano jurídico como en el contable (p. 105). Después de leer este programa no pocos pensarán que mejor nos quedamos como estamos y que Bavarez no ha sabido entender el significado del «no» francés y holandés al proyecto de Constitución europea ni el rechazo de los gobiernos inglés, danés y polaco a someterlo a votación en sus respectivos países.

Pero sería injusto concluir esta reseña sin resaltar el acierto de una acusación a la cual los acontecimientos del pasado otoño francés han dado la razón. Me refiero a su pronóstico según el cual el paro, la exclusión y la pobreza «dibujan la geometría de la nueva cuestión social, que ve cómo Francia vuelve a sufrir plagas que, por error, se creían desaparecidas», a consecuencia de lo cual «no son tanto las desigualdades de las rentas como las desigualdades radicales de estatuto lo que bloquean hoy la sociedad francesa» (p. 105). Estas líneas se escribían en 2003 y el 27 de octubre de 2005 comenzaron en Clichy-sousBois, un pueblo cercano a París, unas revueltas que se extendieron a unas trescientas ciudades y se tradujeron en la quema de unos diez mil vehículos de todas clases, el incendio de trescientos edificios públicos, cuatro mil setecientas personas detenidas, cuatrocientos condenadas por la justicia y un hombre muerto, amén de la declaración del Estado de emergencia por parte del Gobierno.

El otoño francés provocó una multitud de comentarios: Jean Baudrillard, en una rueda de prensa celebrada en Madrid con motivo de la presentación de su último libro, hizo gala de espíritu cartesiano al afirmar que los jóvenes «que han protagonizado la revuelta se encuentran en un primer nivel de análisis, igual que el "no" francés», y añadió que su resistencia, que calificó de revolucionaria, era muestra de vitalidad frente al modelo de integración que se les proponía <sup>2</sup>. Jean Daniel, por su parte, después de reprochar a los anglosajones el «menosprecio sermoneador» con que comentaron unas imágenes en su opinión excesivamente dramáticas de las revueltas <sup>3</sup>, ofreció su receta para luchar contra la discriminación y mejorar el modelo francés: escuela republicana, reclutamiento en el ejército, la fuerza de los sindicatos integradores y la ausencia de guetos étnicos, todo ello combinado con la primacía del idioma y la cultura francesa respecto a las de los países de origen de los inmigrantes <sup>4</sup>.

Los comentaristas extranjeros orientaron sus interpretaciones por otros derroteros, si bien no faltó quien, profundizando en las causas de las revueltas, encontró en la globalización al verdadero culpable y sentenció que en un proceso en el cual el individuo se siente desamparado, la violencia aparece como respuesta de los marginados. Por lo tanto, los jóvenes que participaban en las revueltas estaban intentando, precisamente, integrarse. Anhelos que difícilmente se cumplirán, añadía, puesto que el Estado que debía acogerlos está pasando de ser un Estado social a ser un Estado penal<sup>5</sup>. Sin embargo, la mayoría de los analistas se inclinaron, al igual que Baverez, por resaltar causas económicas y recalcaron la falta de oportunidades de trabajo en una economía prácticamente estancada. De acuerdo con esta visión, las causas profundas de los desórdenes residirían en la alineación social y económica que padece la población, mayoritariamente musulmana, que habita los suburbios de las grandes ciudades francesas<sup>6</sup>.

Francia albergaba a finales de 2004 algo más de cinco millones de musulmanes –casi el 10% del total de la población–, de los cuales el 60% procedía de Argelia, Marruecos y Turquía. No es, pues, de extrañar que inmediatamente se sospechase que las revueltas juveniles eran en realidad una «Falluya-sur-Seine», como se preguntó el neoconservador semanario estadounidense *Weekly Standard*. Por fortuna, no parece que, según la policía francesa, se haya tratado de un ensayo del tan temido choque de civilizaciones, si bien nada asegura que no se produzca la próxima vez.

Llegados a este punto parece obligado plantearse una pregunta que se apoya en una premisa básica: ¿podrían evitarse el paro y la marginación social y política que sufre en Francia la numerosa minoría de origen musulmán con una reforma del modelo económico y del marco político e institucional que caracteriza hoy el país vecino? O, por el contrario, ¿se trata de una minoría reacia a cualquier tipo de asimilación verdadera, habida cuenta de que su cultura está basada en una religión, el islam, que predetermina no sólo la identidad religiosa, sino que también impide la movilidad social y cultural inherente al progreso económico personal que caracteriza a las sociedades occidentales?

Baverez sostiene que los factores favorecedores de la integración van desde los puramente económicos –un empleo decentemente remunerado, la propiedad de un piso– hasta la ya mencionada movilidad social, de tal modo que permita a los hijos y los nietos de los inmigrantes convertirse no sólo en estrellas del fútbol, sino en parlamentarios, presentadores de televisión, dirigentes empresariales o sindicales, o profesores de universidad, pero no se pronuncia sobre si esa mayor integración económica y social debería complementarse, como dijo el presidente Chirac después de las revueltas, con el reconocimiento de la diversidad de la sociedad francesa. ¿Supone ese silencio un apoyo a la política de integrar a toda costa a las minorías musulmanas que con tanta fuerza defiende Jean Daniel en el artículo antes citado? O, por el contrario, ¿es un reconocimiento de que un multiculturalismo tolerante, que permite a cualquier minoría preservar sus rasgos distintivos, proporciona mejores resultados? Sin embargo, el asesino del cineasta holandés Theo van Gogh era un musulmán nacido en Holanda y aparentemente integrado en una sociedad que siempre se ha vanagloriado de respetar las creencias y las culturas de aquellos a quienes acoge. Y, en el Reino Unido, otro país que optó por el multiculturalismo, quienes pusieron el pasado 7 de julio las bombas en el metro y el autobús eran musulmanes británicos, uno de ellos hijo de un inmigrante acomodado.

No puede exigirse que el libro de Baverez responda a ese dilema, pero me temo, salvo opinión mejor

fundada, que intentar la integración de los más de catorce millones de musulmanes que a finales de 2004 vivían en Europa es, por un lado, una exigencia política y social insoslayable, pero que, posiblemente, no vaya a resolver el problema de su adaptación y respeto a la cultura democrática occidental. Al fin y al cabo, el islamismo radical es una manifestación de fanatismo religioso que está aprovechándose de la moderna globalización para fomentar una ideología que rechaza los valores de una sociedad que considera esencialmente impura. Y para convertirla a la verdadera fe, cualquier método, incluido el terror, vale.

- 
1. Ministerio del Interior de Francia, *Le Monde*, IPSOS, TNS-Sofres.
  2. *El País*, 24 de noviembre de 2005.
  3. Un buen ejemplo podría ser el número de la revista *Newsweek* de 21 de noviembre de 2005, cuyo titular en portada era «Memo to Europe. Ready to Change Now?».
  4. Jean Daniel, «Una tercera "herida de identidad"», *El País*, 26 de noviembre de 2005.
  5. Josep Ramoneda, «Del Estado social al Estado penal», *El País*, 8 de noviembre de 2005.
  6. Véase *The Economist* de 12 de noviembre de 2005 y sus dos artículos dedicados a las revueltas francesas: el editorial titulado «France's failure» y el informe especial «An underclass rebellion».